

Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.
Madrid y provincias, 16 rs. id.
Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

ADVERTENCIA.

El favor creciente con que es recibido del público este periódico, compromete nuestra delicadeza á promover cuantas mejoras estén á nuestro alcance para hacernos, en lo posible, dignos de la indulgencia de nuestros suscritores.

A muy poco de aparecer el primer número, ya duplicamos el tamaño y hemos dado toda la variedad y actualidad posibles á las caricaturas: muy pronto comprendimos que, aun á costa de algun sacrificio, nos era dable ofrecer como regalo, una obra acabada de litografia; y tenemos dispuesta, en efecto, y próxima á repartirse, la copia exacta de *La Torre-nueva*, que confiamos en que será del agrado de nuestros lectores. Ahora hemos ideado reproducir varias escenas de sucesos contemporáneos de algun importancia, y empezamos á hacerlo con la RENDICION DE GARIBALDI EN ASPROMONTE; apartándonos en esta y en ocasiones análogas, del carácter festivo de *El Duende*, y considerando que es este, en Zaragoza, el único periódico ilustrado con viñetas.

Todo nuestro deseo es complacer al público, y llenar, hasta cierto punto, un vacío que se notaba en esta Capital: sobrado premio es para nosotros el que se nos aliente en nuestras tareas; y esta satisfaccion ya la hemos conseguido de los suscritores en general y de personas muy competentes en particular.

La estampa que damos en este número, representando la *Rendicion de Garibaldi*, se vende en todos los puntos de suscripcion á *El Duende*. Se ha hecho tirada aparte de tres tintas en papel superior. Su precio 4 reales vellon para los no suscritores á este periódico, y á 3 para los que lo son.



Las criadas.

Doña Tecla, mi vecina, necesita una buena criada. ¿Y quién no la necesita en Zaragoza?

Por todas partes se alza un grito unánime contra esa calamidad indispensable que se llama *Criada*. Lo cual me recuerda esta redondilla de Lope, en *La Estrella de Sevilla*, si no me es infiel la memoria:

«Que los criados, señor,
domésticos enemigos,
son otros tantos postigos
por donde entra el deshonor...»

Pero volvamos á doña Tecla. Necesitando doméstica lo anunció en el *Diario*. Hallábame yo de visita en casa de la susodicha señora, cuando principió la falganga de fregatrices su incursion; y á falta de otra cosa mejor, voy á decir textualmente lo que ví y lo que oí: cosas todas que, si no son nuevas, son sin embargo, por desgracia, ciertas, y que tal vez entrenderán á nuestros lectores.

Llamaron á la puerta, y entró una maritornes de grueso calibre, metida en un descomunal miriñaque: traia además gaban y cocas.

—Que Dios guarde á ustedes. ¿Es aquí donde necesitan criada?

—Sí, Señora. ¿Qué sabe V. hacer?
 —Otra... Yo sé hacer todo.
 —No me disgusta. ¿Y es V. fiel?
 —Mas que los amantes de *Tiruel*. Aunque me esté mal el *dicirlo*. Ya pueden ustedes dejarme oro molido, que yo... Lo que es eso...
 —¿Donde ha servido V.?
 —En Huesca *hi* servido...
 —No se trata de Huesca, ¿Ha servido V. en Zaragoza?
 —No señora; pero mi *conduta*...
 —¿Quién la abonará?
 —Toma: yo *mesma*. Yo *hi* nacido para ser dueña; solo que...
 —¿Tiene V. cartilla?
 —¿Y *pa* qué la quiero yo? Tengo la cara *mu* limpia y...
 —No me hace V. al caso.
 —¿No? Mejor que mejor. De *toas* maneras esta casa huele á hambre que apesta. Vaya, quede V. con Dios. Y salió dando un portazo que hundi6 la sala.
 Doña Tecla se quedó corrida como una mona. Llamaron y entró otra.
 —Estoy á los pies de ustedes.
 Dijo una morenita pispireta, muy emperegilada y sentándose con desenfado. Luego continuó:
 —Vengo á ver si me quiere V. para criada; porque aun que yo—aquí donde V. me vé—he nacido en buenos pañales, las desgracias de los tiempos y las locuras de los padres...¿Está V.?
 —Segun el porte, V. sabrá su obligacion.
 —Motivos tengo para saberla. Yo guiso bien, coso bien, plancho bien: soy limpia como una patena: fiada como haya otra; y en cuanto á bien educada á la vista está.
 —Ha servido V. en Zaragoza?
 —Año y medio, porque antes no necesitaba yo servir.
 —¿Y donde?
 —En casa de un señor comandante que se llama Carranza.
 —¿Donde vive?
 —En Manila: marchó allí de guarnicion; pero él informará.
 —¿Donde mas ha servido V.?
 —En casa de don Atanasio Aguirrebengoechea: un rico tratante en hierros y en bacalao de Escocia.
 —¿Y donde se halla ese caballero?
 —En el otro mundo. Se murió de una pulmonía fulminante. Tambien serví en casa de un ingeniero de la canalizacion del Ebro.
 —Vamos, ya eso es otra cosa. ¿Y ese señor ingeniero...?
 —Como ya nadie habla de la tal canalizacion, se marchó á Francia, y creo que está en París.
 —Es decir que no hay quien me dé informes acerca de V.?
 —Lo que es aquí no, señora; pero en mi país...
 —¿De donde es V.?
 —De la Coruña, para lo que V. guste mandar.

—Vuelva V. mañana y veremos si nos arreglamos.
 Se marchó la coruñesa, y llegó la tercera. Tambien sabia hacerlo todo; era limpia, fiel, no respondona y juiciosa. Habia servido últimamente en una casa conocida donde darian buenos informes.
 —¿Y cuanto quiere V. ganar? Le preguntó doña Tecla.
 —Treinta reales si voy á la compra; sino cuarenta lo menos.
 —¡Ah...! Conque yendo á comprar...
 —Sí, señora: me gusta mucho ir á la plaza: como yo regateo... siempre me queda algun provecho.
 —¿Algun provecho? Veamos, espíquese V.
 —Pues está claro. Me piden, *vervo en gracia*, cuatro cuartos por la libra de tomates. Yo debia pagar los cuatro cuartos y ponerlos en la cuenta á la dueña; pero yendo de aquí para allí, y hablando mas que una cotorra y regateando y porfiando, los saco á tres ó á dos. La diferencia hasta los cuatro cuartos para mí.
 —Oiga! Conque para V.?
 —Otra... y así debe ser; mi trabajo me cuesta.
 —¿Y hace V. lo mismo con la carne y el pan y...
 —Con todo, señora, con todo: yo soy así, muy vividora.
 —Pues, hija mia, vaya V. á vivir á otra parte, que no me conviene V.
 —Ya se vé que iré, y no hay nada perdido. Quéde V. con Dios.
 Marchóse la sisona, y no tardó mucho en llegar la cuarta. Las mismas preguntas y, poco mas ó menos, las mismas respuestas.
 —Además, señora, he de salir á paseo todos los dias festivos. Luego, entre semana, iré de cuando en cuando, á ver á una tia que tengo enferma; y para los carnavales, ó al Corpus, ó á las fiestas del Pilar iré á algun baile en compañía de mi tia.
 —¿La que está enferma?
 —No, señora; otra. Tengo varias tias.
 —Ya. Supongo que V. no gustará de soldados?
 —¿Yo de soldados! Ave María purísima...! Los aborrezco.
 —Dése V. una vuelta por aquí mañana y veremos.
 Al marcharse la sobrina de las tias, nos asomamos al balcon. En la acera de enfrente la aguardaba un sargento, con el que se alejó. Aborrecia á los soldados; pero gustaba de los sargentos. Ya se ve, hay diferencia en la clase.
 Entró la quinta.
 —¿Trae V. cartilla? La preguntó doña Tecla.
 —No la necesito; ya sé leer de corrido. Y además no sufro que nadie me reprenda. No he de subir el agua del pozo porque me canso mucho. Traeré para comer lo que á mí me guste. Por la noche vendrá á verme un escribiente, que me da leccion y me arregla mis cosas. No he de salir á paseo con V. sino solita, con mi escribiente. De vez en cuando me llevará V. á la comedia; á mí me gustan mucho las comedias. La planchadora planchará mi ropa con la de V. Me irá enseñando V. algunos guisos, porque cada dueña tiene

sus gustos. Me ayudará V. también á arreglar los cuartos y á limpiar y...

—Sí, señora y le entraré á V. el chocolate á la cama; y la serviré á V.; y le pagaré el salario y... Vaya, no me queda mas que oír.

—Toma, y como se enfada la buena mujer...!

—Oiga V.: descarada... Qué es eso de «buena mujer?»

—Poco á poco, señora, si no quiere que la santigüe...

—Váyase V.: váyase V. pronto. Bueno está el servicio...!

—Mejor que el *amicio*. El demonio de la estantigua...

Marchóse la discípula del escribiente, y dijo á doña Tecla.

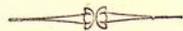
—No se canse V. ni se sofoque, señora. V. debía ya conocer este ganado. Las criadas marchan con el siglo. Siempre han distado mucho de ser buenas; pero desde que se han enjaulado dentro de esparto ó de hierro; desde que llevan vestidos de cola, y gabanes y mantillas guarnecidas, y botitas de charol y guantes y brazaletes y tantos y tantos arrequives y farfalaes; desde que se han echado á dueñas muchas que debían ser criadas, ó al menos servirse á sí mismas, se ha maleado el género y no sabemos á dondè iremos á parar, si Dios no lo remedia. De nada sirven las cartillas si los amos no las exigen al doméstico que hayan de admitir; si la autoridad no obliga á los sirvientes á que las saquen y á los dueños á que las pidan. Que los informes que de las criadas se den sean exactos, sin ocultar al que los pida sus defectos. Hay amos que dicen: «Ya salió de mi casa: vaya bendita de Dios, que no quiero hacerla daño.» Eso es engañar á una familia que confía su servicio y sus intereses á las domésticas. Por eso estas son siempre aves de paso: están en casa de sus amos como en una posada, á donde llegan por casualidad y de la qué se alejan sin disgusto. Saben que, malas ó buenas, han de encontrar donde servir; y aunque sean puercas, insolentes, sisonas y... aunque no tenga el diablo por donde desechárlas, tenemos que cargar con ellas; porque al fin y al postre necesitamos criadas.

—Pero, señor Ventosa ¿no ha de haber alguna buena?

—Las hay; pero son rarísimas, y los amos que las tienen las conservan como un tesoro.

—Pues bien; V. que todo lo escudriña, por los innumerables mártires de Zaragoza, búsqüeme V. una criada buena.

—Ay, señora doña Tecla de mi vida... ¡Una criada buena! Para mí la quisiera.



R. y R.

Rufino está paseando por las aceras frente al teatro. Vé venir á Rosa de Alejandría seguida de la doméstica.

Pega un empujon á la criada, y se coloca á la izquierda de Rosita, saludándola.

Rufino..... A los pies de usted, Rosita...

Rosita. (*asustada*.) Medió usted un susto espantoso.

Rufino..... No olvide usted, señorita, que la llame á usted bonita en plena calle del Coso.

Doblan una esquina.

Rosa (*con mal gesto*.) Es favor... mas se propasa, y si es usted caballero sabrá....

Rufino (*apretando*.) Por su amor se abrasa mi corazon, y esto pasa, calle de Jaime primero.

Doblan otra esquina.

Rosa, (*dudando*.).. La pasion que siente... yo...

Rufino (*apasionadamente*.) Quiere usted ponerla á prueba. Si me dice usted que no, verán que á un hombre mató... calle de la Torre-nueva.

Otra esquina y otra vuelta.

Rosa (*siempre dudando*.) Ese amor tan repentino hace que en dudas batalle.

Rufino (*suspirando*.) Ay, Rosa!

Rosa (*impaciente*.).. Por Dios, Rufino, no haga usted un desatino de Santa Cruz en la calle.

Otro doblete... de esquina.

Rosa (*con intencion*.) Por hoy no digo... otro dia...

Rufino (*sigue suspirando*) ¡Ay, Rosa!

Rosa (*incomodada*.) ¿Vuelven los pujos?

Rufino (*tristemente*.) ¡Adios, esperanza mia! ¡Jesus, que calle tan fria la calle de los Cartujos!

Quinta esquina, quinta vuelta.

Rufino (*Resuelta-mente*) Yo quiero ser su consorte...

¿Merece se dé tal pago al que viene con tal norte? Testigo es de mi buen porte esta calle de Santiago.

Rosa apresura el paso y vuelven otra esquina.

Rufino (*con cariño*.) Por qué así el paso apresura? El rubor al rostro asoma y que usted me ama asegura.

Rosa (*valbuciente*).. Rufino!

Rufino (*contentisimo*) Cuanta ventura en la calle de la Coma!

Doblan la última esquina y bajan unas escaleras.

Rosa..... ¡Oh, qué dicha!

Rufino..... ¡Oh, qué placer!

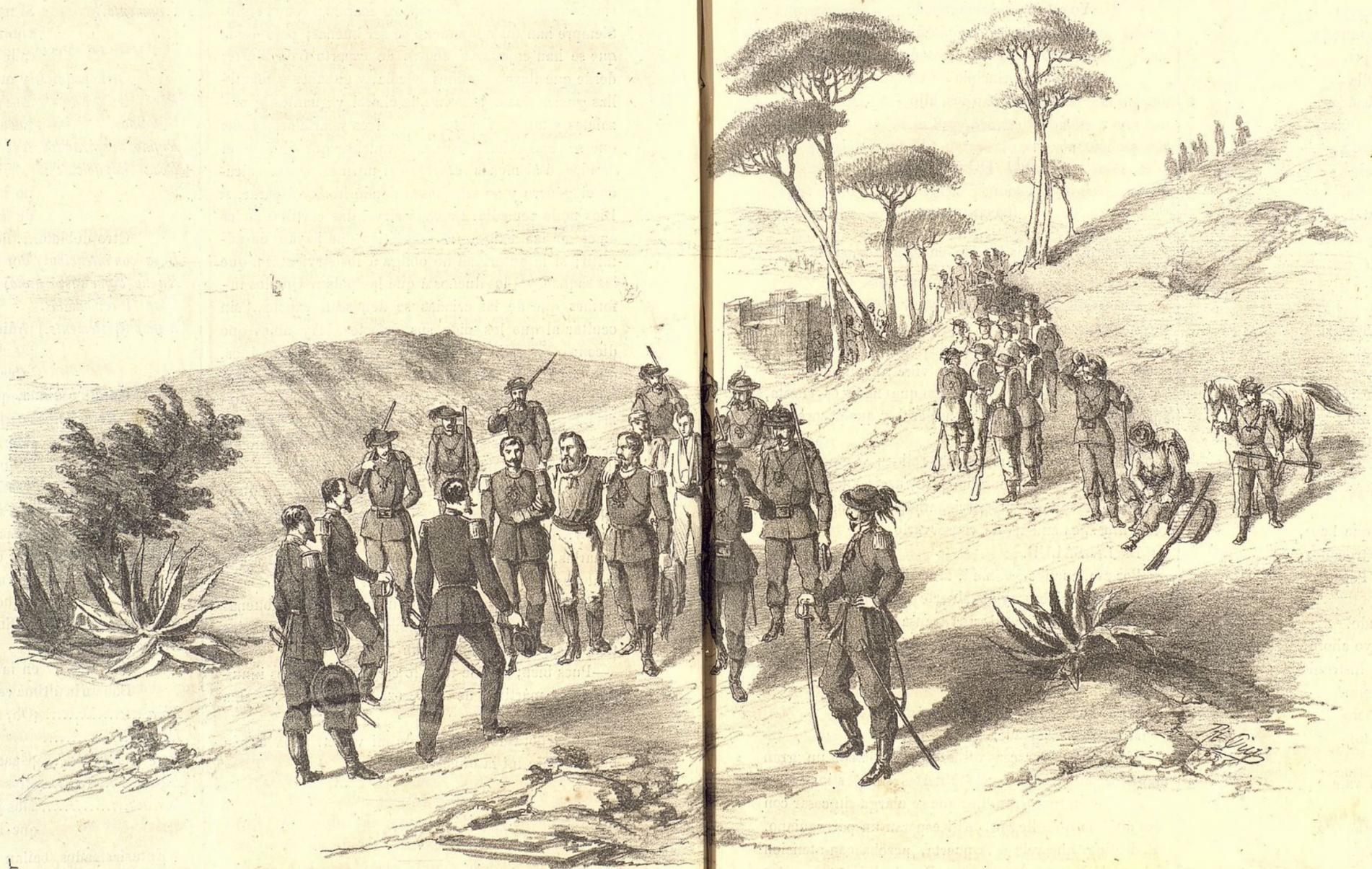
Rosa y Rufino..... ¡Cuanto nos hemos de amar!

Rufino..... Dios te bendiga, mujer.

Los dos..... Mas grande es nuestro querer que la plaza del Pilar.

Entusiasmados, bailan una polka al rededor de la nueva fuente. Los cuatro monigotes que hay en ella abren cada ojo como un plato, y soplan en los cuernos para que no falte música.

FIN.



ACCION DE ASPROMONTE.—CONDICION DE GARIBALDI.

La Suerte.

«Fortuna te dé Dios, hijo;»
dice un refran castellano;
y el tal refran es, de fijo,
mas que proverbio, acertijo
en el gran teatro humano.
En vano es tener talento
y ser sábio hasta no mas
y de honradez un portento.
¡Señores, es mucho cuento!
¡Señores, es por demás!
No hay que quemarse las cejas,
ni hay que dar al viento quejas:
aquel que nació sin suerte
desgraciado hasta su muerte
es, y apuesto las orejas.
Por eso yo sé una bella
máxima, que dá probados
resultados, pues dice ella:
«Unos nacen con estrella
y otros nacen estrellados.»
Yo conocia á un mortal
que en martes, dia fatal,
vino á este mundo engañoso,
y nació tan horroroso;
que era ya fenomenal.
De niño fué ya bufon
de sus mismos compañeros;
tuvo sarna, sarampion,
tabardillo, lamparon,
y granos como sombreros.
Nada digo del tormento
que pasó en su juventud:
baste decir de mi cuento
que ha estado ya veces ciento
al borde del ataud.
Hoy, con mas saber que Lepe,
se encuentra siempre tronado;
y su cuñado, un tal Pepe,
le pega cada julepe
que me le tiene doblado.
¿Cómo es, pregunto yo ahora,
que siendo honrado, instruido,
no ha visto feliz su hora?
¡La suerte es una señora
de poquísimo cumplido!
A mí nadie me dará
la conviccion de que vale
talento ó virtud acá.
Suerte.... y no mas: ahí está
la pieza que sobresale.
Es tontería matarse
en cavilar é instruirse:
la cuestion es arreglarse
de manera que acercarse
quiera la suerte, y no irse.
¡Cuántos hay que pretendiendo

un destino miserable
andan de prisa y corriendo,
acá influencia pidiendo
para algun hombre notable!
¿Y qué sacan, si la ciega
fortuna no les ayuda?
Que si uno de ellos se llega
al que manda, este es Juan niega,
y se marchan con la duda.
No señor, no hay que correr
ni que ir, ni que volver:
aquel que nació sin suerte,
sin suerte de doña muerte
se deja al cabo coger.
Yo estoy ya desengañado
de que es un principio fijo,
por no sé quién inventado,
lo que al principio he sentado.
«Fortuna te dé Dios, hijo.»

— DG — Mi pesadilla.

(CONTINUACION.)

—Vosotros reasumis la vida en estas dos palabras.

Adquirir y conservar.

Necesidad de tener, desde luego;—temor de perder, despues.

Pero en vuestra desordenada carrera, persiguiendo todo ese oropel del cual vestís vuestra quimérica felicidad, hay un goce, (el único que nada os cuesta, por que es un dón de la naturaleza) y que despreciais completamente.

Él, solo podia dar alguna solidez á esas débiles construcciones sobre las cuales afianzais vuestro porvenir. Él solo os proporcionará goces mas tarde, y maldito si os cuidais de conservarlo.

Es LA SALUD.

Por eso, cuando la Salud, falta de recursos, os hace de repente quiebra, y la Muerte se os presenta como terrible acreedora, pedis una transaccion.

Antes de clamar contra la injusticia, examinad vuestro viaje á través de la vida y acusáos á vosotros mismos.

Mira, hagamos juntos este exámen.

Mi muerte continuó:

Allá abajo, por esos otros mundos existe un gran parador público donde las Muertes sin destino van á descansar en una gran fila, que se alarga sin cesar con las últimas que llegan. Allí esperan un parroquiano. El destino, que vela á la puerta, acecha con atencion los nacimientos y los cuenta. Para cada uno de estos llama á una Muerte: las que quedan estrechan la fila. Cada llamada sube á la tierra y se adhiere á un recién nacido.

Tú has nacido, tú debes morir. Tu nacimiento es el germen de tu Muerte. Apenas naciste, hubieras sido su

presa, es decir la mia, si un defensor no se hubiese interpuesto entre los dos. Este defensor es la SALUD. Con un vigoroso esfuerzo me rechazó y ocupó mi lugar. Sostenido por ella entraste en la existencia. Su camino es bello, fácil, ancho en los primeros pasos de la vida y está bordeado de todas las dulces alegrías de la infancia.

¿Será el viaje largo?

Felizmente para tí lo ignoras. No sabrias contar el número de etapas que habrias de andar por este camino, cuyo horizonte está velado por esa niebla misteriosa é impalpable que huye siempre delante de tí y que se llama el PORVENIR.

La esperanza dá la señal de partida en este viaje sin regreso.

Marcha! marcha adelante; avanza siempre, porque todo paso hácia atrás es imposible. Adelante, pues; adelante.

Tu primer paso está sostenido por estos dos mejores amigos que te dá la Providencia: un padre y una madre. La salud marcha detras de tí, calentándote con su aliento. La Muerte queda allá abajo, lejos, muy lejos. Pero ella te sigue. Entonando cantares, amando, amado, corres alegremente.

Durante un segundo quedas solo. La Muerte, siempre en acecho, se lanza de un salto sobre su presa y te envuelve en su terrible lazo de las enfermedades infantiles. Pero la Salud, que combate en tu favor, te salva. La Muerte vencida, pero no desanimada, se aleja y vuelve á ocupar su puesto. Ella sigue siempre.

* *

Esta alarma ha redoblado la vigilancia de tus protectores. ¡Qué de cuidados, de ternura y de amor van á rodear tu marcha hácia tus veinte años!

Tu paso es mas precipitado, tu andar febril. Tus instintos, que se desarrollan, trazan ya tu carácter futuro. El niño llega á ser hombre. A tus veinte años, la muerte intenta de nuevo la lucha; y fuerte por tu salud, la vences. En la alegría del triunfo desafias á tu enemigo.

—Mira, mira—le dices orgulloso, haciendo resaltar tus músculos, desenvolviendo tu torso robusto. Y con su sonrisa mas maligna te responde:—Lo que no puedo abatir lo mino.

¿Crées que se ha alejado? Ten cuidado: está siempre en acecho y te sigue.

Apenas te ves libre de tu enemigo, eres ingrato á tu aliado fiel.

Sus consejos te irritan; su proteccion te parece un pesado yugo.

Los placeres, que han venido á cercarte, concluyen por llevarte rápidamente sobre el camino que debias andar muy paso á paso.

Devoras tu vida á dentelladas.

—Goza moderadamente: no tendrás dos estíos;—te grita la salud.

—Silencio, vieja chocha, y adelante; contestas.

Tú malgastas, tu abusas.

Tú enciendes tu lámpara á mitad del dia; y cuando llega la tarde, y al hacer alto te dice:—Descansemos un poco.—Respondes:

—Soy joven, soy fuerte y quiero hacer etapas nocturnas.

—Pero yo me fatigo:—esclama la Salud.

—Marcha sin cesar.—Le replicas.

La Salud acelera su paso; va detrás de tí; pero no tan cerca que te pise los talones. Un corto espacio os separa, que irá aumentándose de dia en dia. Es que tú pasado comienza.

* *

Cercana todavía, la voz de tu protectora es siempre para tí vibrante y fuerte en sus consejos.

—¿Quién es esta bella jóven, fresca y robusta, de lánguida mirada que me llama en su lecho?

—Guárdate! Esa criatura es apetecible; pero sus hermosos brazos, cuyas caricias enervan, son de acero. Ella ha ahogado á sus mas tiernos amantes. Esa hermosa es la Pereza.

Detras de los placeres viene la ambicion. Te muestra esa niebla que marcha delante de tí, cerrándote el camino.

—Allí, te dice, tengo ocultos para tí honores, fortuna y gloria.

—¿De qué sirven? Huye de su seducción.—Te aconseja la Salud.

—Silencio!—le replicas.

Y te precipitas furioso á conquistar lo porvenir.

La Salud se debilita con este nuevo esfuerzo; pero la Ambicion te hace sordo á la súplica de tu pobre amiga, que te grita:

—Espérame!

Quiere seguirte; pero en vano lo intenta. La distancia entre los dos crece.

Tu muerte, que marcha con paso igual y firme, gana terreno.

* *

Tu padre y tu madre te han dejado á mitad de camino, y llevan consigo tu juventud.

Ahora, en marcha, anda tu vida.

Al quedar solo has llegado á ser hombre, y los malos instintos te esperan en numerosa comitiva.

Sé celoso del mérito, y no carecerás de compañeros que aborrecerán contigo á escote.

No esperes al deudor sino despues del protesto; pero solicita el pago antes del vencimiento.

Sé ingrato; que este es el menos ruinoso de todos los vicios.

Sé modesto apenas para reconocer que Dios es tu superior.

Los dolores, los padecimientos de los demás podrán proporcionarte penosas emociones: el egoísmo te las dará muy dulces.

En nadie confies, y te evitarás desengaños.

En una palabra, sé hombre.

* *

(Se continuará.)

Un fanático por las noticias.

Una criada se presenta solicitando colocacion. Comparece ante sus jueces, esto es, ante los dueños de la casa.

La señora.—¿Qué sabe V. hacer?

La criada.—Señora, no es gran cosa. ¿Para qué he de mentir?

La señora.—Lo siento.

El amo.—A mí me importa muy poco.

La señora.—Como tú quieras, amigo mio.

Pero al menos sabrá V. barrer?

La criada.—¡Oh! eso me fatigaría mucho.

La señora.—Entonces no me conviene V....

El amo.—Aguarda; quiero hacerle una pregunta.

Tampoco me importa que no barra.

La señora.—Sin embargo....

El amo.—Déjame en paz. ¿Tiene V. cortejo?

La criada (ruborizada.)—La pregunta es embarazosa, señor....

El amo.—Respóndame V. francamente. ¿Qué tiene de particular?

La criada.—Sí, señor; lo tengo, y es un soldado; pero ha marchado á la guerra.

El amo (radiante de alegría.)—Está en Africa?

La criada.—Sí, señor.

El amo (cada vez mas alegre.)—Queda V. admitida.

La señora (estupefacta.)—Pero qué haces? ¿Estás loco?

El amo.—Repito que me dejes en paz.

Y en qué cuerpo?

La criada.—En cazadores.

El amo (saltando de gozo en su sillón.)—¡Un cazador!... es un cazador! No pensaba dar á V. mas que treinta reales al mes; pero le daré cuarenta. ¡Es un cazador!!!

La señora.—En resumidas cuentas, ¿has perdido el juicio?

El amo.—Nada de eso, querida mia.

La tomo á mi servicio, con la condicion de que el cazador ha de escribir á V. cuatro veces á la semana, dándola estensas noticias de la guerra, y V. me enseñará las cartas.

La criada.—Acepto con mucho gusto.

El amo.—Hé aquí por fin la criada de mis sueños! Hace dos meses que busco una, que reúna estas condiciones: un cazador que pueda decirme á punto fijo lo que sucede por allá. Los periódicos traen las noticias con quince dias de retraso, y dicen lo que quieren.

Si el cazador me cuenta anécdotas ó chascarrillos de soldados, aumentaré á V. otros diez reales el salario.

La señora.—Pero ¿quién cuidará de la cocina, puesto que esta no sabe hacer nada?

El amo.—No te apures: comeremos en la fonda.

La señora.—Pero ¿y la criada?

El amo.—Vendrá á comer con nosotros.

Una creencia.

No, no puedo avenirme con la idea de que la metempsicosis es un sueño extravagante, fruto de una imaginacion enferma.

Al mirar en derredor mio; al observar los gustos, las inclinaciones, el instinto de la mayoría de cuantos me rodean; al estudiar el caracter de mis semejantes y el mio, no puedo menos de creer que habemos sido otra cosa antes de ser hombres.

Habeis oido á la Lagrange, á la Frezzolini, á Miolan Carvalho? ¿Sí? entonces comprendereis que estas célebres cantadoras han sido ruiñeños antes de ser mujeres. ¿Conoceis á mi vecino D. Juan Borrego y Linaza? Aquella paz, aquel mirar indeciso, su falta de voluntad y su ninguna malicia, os dicen á las claras que mi vecino ha pertenecido á la casta de los merinos.

¿Y á D. Abundio Sapiencia, le conoceis? Esconde su barba en descomunal corbata, cejijunto, de ojos saltones, parapetado detrás de puercos cristales, pendiente, intolerante y necio, claro demuestra que ha sido por sus ojos, rana; por su frente, toro; por sus lavios, avestruz; por su caracter, pollino.

D. Joaquin Rompevidrios ha sido lobo; lo demuestra con su amor al prógimo.

¿Y D. Antolin Pizarras? Aquella cara tan chupada y tan imberbe, aquel mirar de soslayo, aquella aficion á usar continuamente levitas largas, ¿no os dicen su mirar que ha sido lechuga, sus faldones cangrejo, su palidez merluza y su conjunto pájaro bobo?

D. Sempronio debe haber sido pavo real: pertenece á todas las cofradías: su frase es hueca y su amor propio infinito; él solo sabe ser hombre de bien; él solo tiene discrecion, talento y buen juicio; todas las buenas dotes las ha monopolizado.

Esta es mi creencia.

Epigramas.

Un casado enfermo estaba;
y su esposa impertinente,
á cada instante, imprudente
—«¿Qué te duele?» preguntaba.

Al fin él exasperado
—«Un cuerno!» le contestó:
y ella al momento exclamó:
—«Me lo habia figurado.»

A cierta rara hermosura,
de modales asaz finos,
varios jóvenes ladinos
criticaban su finura.

En paseo la encontré
con un niño de la mano.
—«¿Es de usted?» pregunté ufano;
y ella contestó:—Y de usted».